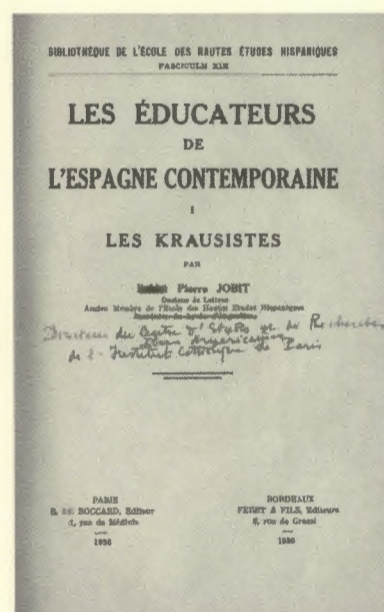


Vicente Cacho Viu y la historia de los intelectuales españoles

JOSÉ CARLOS MAINER

Al recordar a Vicente Cacho Viu, me resulta difícil pasar por alto una coincidencia llamativa que seguramente lo es más en cuanto quien escribe estas líneas se encuentra en la "otra ladera" (como decía Dámaso Alonso al hablar de Juan de la Cruz) de la vivencia central y el compromiso de su vida: él era católico y pertenecía al Opus Dei; yo soy agnóstico. Quizá por eso me ha llamado la atención siempre que el primer trabajo académico sobre el krausismo en España y la huella de la Institución Libre de Enseñanza lo escribiera un sacerdote católico francés, Pierre Jobit, y que se publicara con las licencias del obispo de Angulema en 1936. Fue aquel un año dramático para España pero también para Francia, inmersa en una lucha ideológica, uno de cuyos ingredientes había venido siendo el compromiso católico en la pugna secular de las ideas: figuras como François Mauriac, Jacques Maritain o Emmanuel Mounier reflejaban la parte más progresista de esa vinculación; otros, y pienso en Paul Claudel, que cantó a los seis mil religiosos inmolados en nuestra guerra civil, la vertiente más tradicional y constantiniana de lo cristiano; un caso como el de Georges Bernanos patentizó, también, cómo un compromiso inicialmente ultraderechista podía convertirse en otra cosa, previa su experiencia de aquella misma contienda española.

Como sucedió con la obra capital de Cacho Viu, el ejemplar trabajo de Pierre Jobit no tuvo más que un tomo de los previstos: *Les éducateurs de l'Espagne contemporaine. I. Les krausistes*. En sus páginas, el autor se hacía una serie de preguntas que siguen siendo básicas para entender el alcance de aquel episodio de historia intelectual: se planteaba, en primer lugar, si el krausismo estaba todavía vivo en la vida nacional; trataba después de si sus fieles reanudaron condignamente «la chaîne depuis longtemps brisée de la tradition philosophique espagnole», y, en último lugar y frente a la usual imputación de extranjerismo mental, si aquél fue un movimiento propiamente español, «un beau mouvement de pensée latine et castillane». Y los tres interrogantes se respondían favorablemente en la indagación de Jobit, como —más implícitamente— sucedería también en la de nuestro Cacho Viu: el



Portada del libro de Jobit que tenía Vicente, posiblemente anotada por el propio Pierre Jobit.

krausismo fue «un grand effort de pensée, dans une société qui avait besoin d'un renouveau intellectuel, une généreuse intention d'amélioration sociale, fondée sur une tentative de renouveau religieux et de réforme morale». Tantos años después, las conclusiones del Padre Jobit resultan un conmovedor y casi heroico testimonio de su afán de ir más allá de una pugna que en la Francia y en la España del Frente Popular costaría mucha sangre: antes que otra cosa, había querido hacer «un livre de bonne foi» y «aussi un témoignage d'amitié» a aquella «Espagne fébrile et ardente du XIX^e siècle, en compagnie de Sanz del Río, de Salmerón, de Castro, de Castelar ou del Père Sánchez».

¡Qué contraste con aquel abominable panfleto zaragozano, perpetrado por profesores de la universidad local, *Una poderosa fuerza secreta: la Institución Libre de Enseñanza*, o con el libro de Enrique Suñer, catedrático de Medicina en Madrid, *Los intelectuales y la tragedia española*, ambos de 1938! No nos engañemos: ésta fue la respuesta de la opinión católica española al drama de conciencia de la guerra. Un precioso libro reciente de otro sacerdote español, Hilari Ragner, *La pólvora y el incienso. La iglesia y la guerra civil española 1936-1939* (2001), ha acertado plenamente al exhumar en su primera página un exergo estremecedor que proviene de una arenga de José María Pemán: «El humo del incienso y el humo del cañón, que sube hasta las plantas de Dios, son una misma voluntad vertical de afirmar una fe y sobre ella salvar un mundo y restaurar una civilización». En nombre de eso, el krausismo, la Institución, la simple sombra de escepticismo ante las "verdades eternas", quedaron confinadas en el dicterio de "Anti-España" y pasaron a hacer compañía a ilustrados y jansenistas, masones y liberales, republicanos y socialistas, comunistas y anarquistas. El llamado "contubernio judaico-masónico-marxista" acogía en su lazareto a una buena parte del mejor pensamiento español. Y la recuperación de la verdad no fue fácil. Todos recordamos que en 1956 se publicó el libro de Juan López Morillas, *El krausismo español*, escrito en el exilio y que vio la luz en prensas mexicanas y tampoco es casual que fueran ellas las que acogieron los primeros frutos de la investigación de José Fernández Montesinos sobre la narrativa del siglo XIX y el libro de Vicente Llorens sobre la emigración liberal de 1823. Sólo en 1958 se leyó en Madrid la tesis doctoral de un militante comunista clandestino, Eloy Terrón, que no estuvo en las librerías hasta 1969, bajo el título *Sociedad e ideología en los orígenes de la España contemporánea*. El libro fue así un estricto coetáneo de otro importante trabajo de Juan José Gil Cremades, *El reformismo español. Krausismo, escuela histórica, neotomismo*, y ambos fueron el fruto de la Ley de Prensa de tres años antes, que contribuyó, entre otras cosas, a una renovación historiográfica de peso.

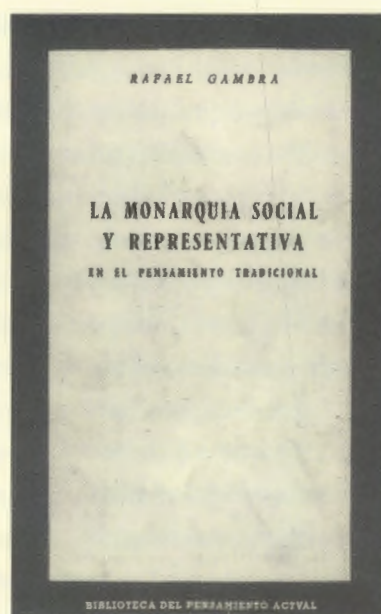
Pero el que debo recordar ahora es bastante anterior a estas últimas fechas. En 1962 salió el libro de Vicente Cacho en la editorial Rialp, entonces mucho más activa que hogaño: *La Institución Libre de Enseñanza. Orígenes y*

etapa universitaria (1860-1881). La fecha es muy significativa y conviene recordar alguna de sus claves: fue el año en que murió Indalecio Prieto, en que llegó al Ministerio de Información Manuel Fraga Iribarne, y en el que gobernaban la economía los tecnócratas del Opus Dei («los ministerios que meditaremos hoy serán los económicos», apuntaba el chiste malévolo pero certero...), a cuya inspiración se debieron la creación de la Comisaría del Plan de Desarrollo y la presentación de la candidatura de España para el ingreso en el Mercado Común Europeo. Fue también el año del "contubernio" de Múnich, que acertó en la línea de flotación del franquismo, y de la ola de huelgas de la primavera. Nuestro libro fue hermano de *El concierto de San Ovidio*, de Buero Vallejo, de *Tiempo de silencio*, de Martín-Santos, y de *La desolación de la quimera*, de Cernuda. Y no fue el único caso en que podía subrayarse la paradoja que se enunciaba al presentar el libro de Pierre Jobit: un palmario desajuste entre la personalidad del estudiante y la naturaleza de lo estudiado. En 1966, una teresiana del Padre Poveda, María Dolores Gómez Molleda, publicó *Los reformadores de la España contemporánea*, por cuenta del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Y allí, de un modo que tenía algo de complementario con el libro de Cacho, se iluminaba la secuencia coherente y la razón intelectual de tres generaciones españolas: los institucionistas de la Restauración, los testigos jóvenes del Desastre del 98 y los miembros de la llamada "generación de 1914". Aquel fue también el año de *Señas de identidad*, de Juan Goytisolo, de *Cinco horas con Mario*, de Miguel Delibes, y de *Arde el mar*, de Pere Gimferrer.

Lo cierto, sin embargo, es que no debe asombrarnos que hayan sido personas vinculadas al mundo del catolicismo (y que conocen, por tanto, la disciplina de un grupo y la satisfacción del auto-vencimiento) los que se sintieron atraídos por un movimiento que, si bien partía de un descontento fundamentalmente filosófico-religioso, se consolidó al cabo como una fuerte moral de grupo. Recordemos que el mejor especialista español en la historia de la masonería es un sacerdote jesuíta, José Antonio Ferrer Benimeli, y que uno de los hitos del dieciochismo español –y del estudio de la actitud regalista– fue el espléndido análisis de la embajada romana de José Nicolás de Azara, realizado por otro miembro de la Compañía, Rafael Olaechea Albistur. Es norma común que no hay trabajo historiográfico que valga la pena si se elige al margen de las vivencias personales. Los que trabajan mal, acomodarán su tema a sus prejuicios; los que trabajan como Vicente Cacho Viu, cambiarán con su tema, crecerán con él en un atractivo paralelismo.

Y es que en el ánimo de Vicente Cacho algo cambió aunque no todo. No fue un converso sino algo más difícil, un armonizador de lealtades. Florentino Pérez-Embid, una de las cabezas universitarias y políticas más destacadas del Opus Dei, fue el prologuista (y puede que el garante) de aquel primer libro. Y treinta años después, será el destinatario de la dedicatoria de *Repensar el 98*,

un libro de la luminosa madurez intelectual de Vicente Cacho. Su prefacio es indiscutiblemente inteligente. Entiende el institucionismo como una "izquierda burguesa" que se explicita como «laicismo, secularización, refinamiento estético, puritanismo moral, propósitos minoritarios, formas de vida típicas de la clase media decimonónica», pero también tiene muy claro que todo aquello es historia amortizada por lo que toca al porvenir civil del país. A la altura de 1962, Pérez-Embid piensa que hay en activo tres ideas sobre España: cree que ya no hay un pensamiento marxista (¡Santa Lucía no había conservado la vista del estudioso!) y que, sin embargo, pugnaban un pensamiento tradicionalista y conservador, un batallador progresismo de raíz cristiana y lo que llama "catolicismo universalista", en cuyo marco insertaba el trabajo de nuestro Cacho.



Sin duda, piensa en revistas como *Atlántida* (que él fundó en 1962 y en la que contó con el eficaz secretariado de Vicente Cacho, como lo tuvo en el Ateneo de Madrid) o en *Punta Europa*, la combativa publicación del canario Vicente Marrero, de 1955. De hecho, la peculiar visión del escenario intelectual diseñada por Pérez-Embid era una versión mitigada de la *vulgata* que apuntalaron sus amigos políticos. Entre 1953 y 1957 se gestó la llamada "tercera fuerza", que se presentaba como una nueva forma de actuación política frente al apolillado mundo ideológico de la derecha inmemorial y franquista, pero también frente a la colusión de intereses entre falangistas y democristianos, de la que el ministerio Ruiz-Giménez ofrecía amplias muestras. En aquella "tercera fuerza" anduvieron el conde de Ruiseñada, Rafael Calvo Serer, Pérez-Embid y Gonzalo Fernández de la Mora, a quienes unía su afición a Ramiro de Maeztu, su monarquismo, su culto a la eficacia y su pasión por la conspiración. Habían constituido una Asociación de Amigos de

Maeztu que publica la revista *Reino* y desde 1949 Calvo Serer tenía a su disposición la Biblioteca del Pensamiento Actual, de Editorial Rialp, donde acogía de forma sistemática escritos de naturaleza monárquica: desde las *Cartas a un escéptico sobre la Monarquía*, de Pemán, a *La monarquía social y representativa*, del carlista-integrista Rafael Gambra, pasando por trabajos de Charles Petrie, Henri Massis y Francisco Elías de Tejada. En este marco y en el año de 1955, Marrero había publicado su estudio *Maeztu* y en 1961, su estudio *Ortega, filósofo "mondain"*, en la misma fecha de otro volumen –ahora editado por Punta Europa– no menos significativo, *La guerra española y el "trust" de los cerebros*, que era la versión de la contienda *ad usum* de los partidarios de la "tercera fuerza".

Creo sinceramente que Cacho tenía poco que ver con eso, pero fue un contexto personal inevitable, tanto como lo puede ser el gravoso dominio de las cátedras de Historia Contemporánea de entonces por parte de católicos, obedientes a patrones tan caracterizados como Vicente Palacio Atard, Vicente Rodríguez Casado y Federico Suárez Verdeguer... Pero lo cierto es que el libro de Cacho Viu se parece muy poco a los demás y, por otro lado, no refleja intención alguna de proselitismo retrospectivo. A *La Institución Libre de Enseñanza. Orígenes y etapa universitaria* le caracterizaba la sensibilidad por la peculiaridad de las biografías, en el primer plano, y el gusto por rellenar los fondos de detalles meticulosos. *Le petit fait vrai*: tal era el principio de su técnica compositiva. A tal propósito, el arranque del estudio es sencillamente memorable. Empieza con la descripción paralela de dos episodios de la vida madrileña del invierno de 1874: la bulla popular que suscitó la entrada del general Serrano como vencedor de la guerra del norte y la modesta y circunspecta comitiva que acompañó el entierro civil de Fernando de Castro, donde destacaba la silueta física de un Francisco Giner de los Ríos, todavía joven. Y, traídas por ese hilo, seguían las biografías paralelas del difunto, aquel franciscano exclaustro que fue rector de la universidad de Madrid en 1868, el admirable Fernando de Castro, y de su amigo Julián Sanz del Río.

La evocación que Cacho hizo de los años años sesenta –un periodo tan complejo de la historia de España– fue memorable y todavía se lee con provecho: el conocedor del krausismo recordará que se abrió el decenio con la publicación del *Ideal de la Humanidad para la vida*, la versión que Sanz del Río hizo de la doctrina de Krause, y que se cerraba con los disturbios universitarios de la Noche de San Daniel y el mejor momento de la retórica de Castelar... Puede que no haya tramo más fascinante de la historia de nuestro XIX, incluidos los años treinta: se afianzó la prensa como sustentáculo de la opinión política, culminó la especulación urbana en Madrid, se vivió como contienda ideológica el proceso de la unidad italiana y como modelos de esplendor político y nacional la hegemonía de Prusia, el II Imperio francés y la Inglaterra victoriana. Las páginas de Vicente

Cacho hacen hablar a la prensa, pero también a las novelas que, unos años después, ahondarían en las constantes y las tensiones de aquel mundo tan bullente (es significativo que los sesenta fueran el escenario de muchos relatos escritos en los ochenta: habría que estudiar el asunto con sensibilidad y algún detalle). En las notas que pueblan los pies de página, leemos cuáles fueron las narraciones en que el autor supo captar el pulso de una vida: allí están *Gloria*, *Lo prohibido*, *La madre naturaleza*, *El amigo Manso*, *Años de juventud del doctor Angélico*, *Zurita*...

Cacho era un hombre particularmente dotado para dos cosas: para poblar de significación lo cronológico y para realizar lo que podría llamarse la "biografía de los motivos". Que, en el fondo, son dos formas del mismo impulso de conocimiento: restaurar la genealogía individual de los acontecimientos colectivos. Yo creo que nuestro historiador había leído muy bien aquel hermoso ensayo, «Pidiendo un Goethe desde dentro», que Ortega escribió como "carta a un alemán". Explica allí el autor de *Meditaciones del Quijote* que no es fácil decir quien soy "yo", ni definir una vida en la que muchas cosas vienen dadas de antemano. Pero la vida es «la inexorable forzosidad de realizar el proyecto que cada cual es» y, en tal sentido, «forma, pues, un ámbito dentro del cual está la persona, el mundo... y el biógrafo», que debe asistir *desde dentro* al drama de «la lucha del hombre con su vocación», con su "yo programático". Por eso, todavía podemos leer sin demasiada irritación las páginas de su libro dedicadas a los decretos de febrero de 1875, donde Cacho entiende (y, por supuesto, minusvalora) los propósitos del bochornoso decreto del Marqués de Orovio y subraya el empecinamiento y la obstinación, a su entender, de los que llevaron a cabo la protesta en las universidades de Santiago y Madrid.

Claro que en el análisis de Vicente Cacho Viu hay cosas que echamos de menos y otras –lo acabamos de ver– de más. Pero importa mucho lo que su trabajo tiene de precedente feliz de otro modo de hacer historia. A primera vista, la suya podía aparecer en 1962 como un regreso a los modelos psicólogos y tradicionales y una flagrante negación del paradigma moderno. Pero no era así: algunos de los mejores historiadores de *Annales* también sabían trabajar en el plano próximo de la biografía y en el plano general de las estructuras. Y ahora, la aparición de los nuevos conceptos de Pierre Bourdieu sobre la vida intelectual han dado nomenclatura diferente a todo esto, aunque ya estuviera inventado. Al último Cacho, siempre al día de lecturas francesas, no le era ajena la obra de Christophe Charle sobre el origen de los intelectuales, o los trabajos de Jean François Sirinelli acerca de las generaciones de *normaliens* entre las dos guerras mundiales. Y, en verdad, en la obra dispersa y última de Vicente Cacho (pero también en el volumen de 1962) está el mejor germen de una futura historia de los intelectuales (o de la *función intelectual*, como preferiría decir yo) en la España del siglo pasado: su modélica *Revisión de d'Ors* es un ejemplo perfecto del partido que

cabe sacar a una biografía, cuando se sabe leer un rico epistolario, y de cómo aplicar un modelo teórico —el de Pierre Milza— al análisis de los constituyentes tan heterogéneos del fascismo español. Y no se puede dejar de pensar con nostalgia en lo que hubiera dado de sí, en las hábiles manos de Cacho, un proyecto como el que sustenta el libro de Michel Winnok, *Le siècle des intellectuels*, que el historiador francés ha diseñado en torno a una triplete muy bien elegida: Maurice Barrès, André Gide y Jean Paul Sartre. Cacho tenía buena parte del trabajo previo ya hecho... En España, aquella trinidad vendría conformada por Giner de los Ríos (la suya hubiera sido una verdadera biografía, muy lejos del lamentable libelo reciente de José María Marco), por Ortega (en cuyo archivo trabajó tanto) y quizá por una suerte de *intelectual colectivo* que encarnara los desengaños y la acción de la llamada "generación del 36" entre 1951 y 1960, fechas tan claves y de las que, por propia experiencia, Cacho Viu podría haber dicho tanto...

Creo que en esta línea que reconoce a la biografía como punto de partida, un libro como *Repensar el 98* fue algo más que una colección de ensayos; pedía en su importante prólogo atender «la historia intelectual de entresiglos» y que no pudiera hacerla es lo que ahora lamentamos. Pero aquel "modelo triangular" que propone es todavía una incitación para futuros estudiosos: París y la Tercera República (que admiraba a título muy personal: la "república ateniense", la llamaron), al lado de la polaridad entre Madrid y Barcelona. Seguramente es discutible, en aspectos concretos, su idea de que el institucionismo y el catalanismo fueron dos proyectos casi homólogos de modernización pacífica y liberal del país. Sin embargo, con



Vicente Cacho en la presentación de su libro sobre la Institución. Ateneo de Madrid, 1962.

ello, Cacho se convirtió en algo insólito, un español que dialoga y entiende lo catalán (lo demostró su antología *Els modernistes i el nacionalisme cultural*) y profesó decididamente algo que ya venía siendo, aunque de forma menos visible, un liberal progresista. Puede que fuera un poco injusto con los institucionistas cuando pensaba en su continuidad actual y puede que no quisiera advertir los aspectos más populistas y patosos del catalanismo en el poder... De quien estaba más cerca era, sin duda, de Ortega, su modelo admirado, el hombre que, como Enric Prat de la Riba, logró el "liderazgo intergeneracional"; por eso, supo advertir que el verdadero 1898 fue el de Ortega, que conducía a su superación intelectual, y no el de un Azorín a la caza de prestigio, ni el de un Unamuno que lo convierte todo en asunto personal (las páginas 42-45 de *Repensar el 98* son un retrato inmejorable del fracaso "social" de las ideas de Unamuno: la que Cacho pudo haber escrito al propósito hubiera sido otra biografía imprescindible).

Solemos medir los frutos de la vida por una contabilidad estricta que, a menudo, resulta tacaña. La de Vicente Cacho Viu fue la de un hombre que leyó mucho más que escribió (cosa que convendría recomendar a muchos colegas suyos y míos...), que conversó mucho más que discutió y que reflexionó en campos aparentemente dispersos porque estaba seguro de que todos los caminos, los más erráticos, llevan al centro. Le conocí y traté con alguna frecuencia en sus últimos años, como me honro también con la amistad de algunos que se reconocen sus discípulos: de uno y de otros me ha llegado siempre la honda sensación de una bondad que no está reñida con el espíritu crítico y de un sosiego intelectual que no es incompatible con la convicción.